

D.F. por Siempre!

AL ZÓCALO REGRESA LA FLORIDA MUERTE

*“Si nuestra muerte carece de sentido,
tampoco lo tuvo nuestra vida”*

Octavio Paz.

Por: José Alfonso Suárez del Real y Aguilera

Declarada por la UNESCO Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad desde 2003, nuestra celebración de Día de Muertos es la festividad colectiva más importante de nuestra pluriculturalidad y enlace generacional que nos vincula a los mitos milenarios de la extraordinaria concepción de la dualidad mesoamericana en torno a la vida y a la muerte.

La Fiesta de Muertos es ceremonia colectiva que renace y se reinventa sin remilgos, adecuando a sus múltiples expresiones lenguajes ancestrales con tecnología de punta, es convivio democrático que, como la muerte, no segrega sino aglutina con vivacidad aportes provenientes de otros lares, en donde la mexicanidad se funde con otras expresiones culturales.

La velada de difuntos conjuga en purépecha y en otomí, en náhuatl o en zoque, o en cualquiera de las 52 lenguas de nuestros pueblos y naciones indias, la pluriculturalidad que sustenta la originalidad con la que los mexicanos celebramos esta festividad universal.

Las variantes rituales son muchas, sin embargo todas giran en torno a creencias comunes, como son los protocolos ceremoniales para recibir y despedir a las ánimas; la colocación de ofrendas para los muertos, las visitas a panteones, el arreglo de tumbas, los cantos y los rezos como parte de un ritual colectivo, con destellos de individualidad que nos vinculan a la tradición de cada familia participante.

Dentro de las comunidades indígenas la festividad de Día de Muertos es hito vivencial de la genealogía familiar, es tiempo de reunión de los vivos con los muertos. Su ancestral función como aglutinante social está presente en todos y cada uno de los actos y los ritos. Vivos y muertos se rencuentran; lloran y ríen; cantan y rezan; comen, festejan...añoran, y en cada caso reafirman sus lazos familiares.

El ceremonial de bienvenida de las ánimas convoca a los miembros vivos de la comunidad en torno a las tumbas de sus antepasados, en las que copal, música y danza acompañarán la limpieza y arreglo de lápidas.

Inmersa dentro de un profundo sentimiento de pertenencia familiar, la ofrenda congrega en torno a los difuntos, los frutos de la tierra, el arte culinario y la desbordada y original creatividad colectiva representada en piezas de arte popular, hechas de azúcar, de barro, palma, de hojalata, madera y cartón transformados en Catrinas y esqueletos chocarreros, que lo mismo comparten con tradiciones sajonas traídas a los pueblos por nuestros migrantes.

Las ofrendas de difuntos, son las más auténticas muestras de la vitalidad sincrética de la festividad expresadas a través del cempasúchil, la Cresta de Gallo, velas, veladoras, sahumerios, fotos, platillos imágenes religiosas, piezas colocadas con esmero y veneración que hacen de cada altar de Día de Muertos muestras de del más puro arte efímero de nuestros pueblos.

Gracias al respeto que la antigua tradición náhuatl de venerar a los muertos causó a Sebastián de Aparicio, este franciscano, que vivió por Azcapotzalco desde 1563, permitió a sus feligreses indígenas de la Hacienda de Capeaga que presentaran ofrendas consistentes en chayotes, cañas, pepitas, pulque y buñuelos a sus difuntos, mismas que él mismo colocaba cada 30 de octubre en un altar preparado ex profeso para la conmemoración y cuyas delicias culinarias compartía con los fieles el 2 de noviembre por la noche.

Por la importancia que reviste esta ancestral expresión cultural, resulta plausible que el Gobierno del Distrito Federal haya tomado la decisión de restablecer en el Zócalo capitalino la organización de “La Ofrenda Monumental del Día de Muertos”, para el gozo y disfrute de los capitalinos y de quienes nos visitan, pues esta extraordinaria manifestación de nuestro patrimonio intangible, parafraseando a Octavio Paz, le da sentido a nuestra vida al darle sentido lúdico a la muerte, lo cual ennoblece a la Ciudad.